

## VI.

La humanidad tomó una nueva faz al sentir en su seno la idea de la venturanza eterna, que el cristianismo ofrecía, y una evolución tan rápida en el espíritu, que de improviso pudo lanzarse á celestes regiones, produjo el completo abandono de lo terreno en los convertidos á la nueva creencia, como si el hombre no trajese divina misión que cumplir en esta vida, más de la de la contemplación de ultra tumba. Pero así tenía que ser, y sin ese ascetismo, la religión cristiana no hubiera tenido mártires que afanzaran por la prueba de cruentos y constantes sacrificios más y más la fé de los iniciados, que aumentaban por todas partes.

Los bárbaros, en tanto que la evolución religiosa conmovía al decadente Imperio Romano, que abrazara al mundo, los bárbaros decimos, ya del Oriente ya del Norte, como al reclamo de una cita misteriosa, concurrían en espantosa confusión atravesando este y aquel país, uno y otro mar, para desbordarse

sobre Europa y golpear con el regatón de sus ensangrentadas lanzas las puertas de la altiva Roma. Una oleada de semejantes guerreros era arrastrada por otra y otra oleada, y las ruinas de Ciudades, en su mayor parte quemadas ó saqueadas, quedaban aquí y allá como indudable testimonio del paso de la abalancha. Los Romanos que, por la civilización heredada y por la propia especialmente, tendían á desarrollar la ciudad con menoscabo de los campos, habían rodeado á la población de soledad, y así la invasión se facilitó por todos los ámbitos, y sólo era sentida cuando caía en gruesa falange sobre la Ciudad amedrentada.

El equilibrio de la vida pedía que la campiña no fuese abandonada, y la necesidad impuesta por aquellos ataques, dispersó por las campiñas los nucleos de población y se formaron la Granja y la Villa, en que los dominadores queriendo tomar asiento sobre el país conquistado, se iban estableciendo; pero otra invasión los arrojaba de allí y entónces para dar seguridad á la posesión, en lo alto de las rocas se levantó militarmente el fuerte castillo, y de castillos se erizó la Europa, según los pedazos de tierra que se dieran como feudo á cada jefe de los guerreros.

Al rededor de la fortaleza vino á guare-

cerse la población laboriosa que del Señor feudal tristemente dependiera; y la región típica de evolución semejante fué la Galia, que al norte de Italia y con pocos centros populosos, se prestó á dar hospitalidad á toda aquella muchedumbre flotante en su gran territorio. Los últimos bárbaros que así se afanzaban en sus posesiones, los francos, convertidos en su mayor parte al cristianismo fácilmente, porque no tenían nada bueno que los apegara al pasado, protegían la erección del convento, donde un número de predicadores se reunía, y á cuyo alrededor el pueblo buscaba garantías. De tal manera, el castillo ó el convento fueron los centros de unión sembrados de distancia en distancia, para formar una maya resistente y capaz de repeler nuevas invasiones.

La choza era la avanzada de la aldea, y la aldea de la Ciudad, y esta de la Capital. El conjunto ya pudo con propiedad llamarse una Nación donde toda tierra estuvo habitada, defendida y más ó menos cultivada.

La Galia, que se llamó después Francia, fuerte así con su nuevo sistema de población, podía empezar el trabajo de otra civilización nueva.

El esclavo acabó; mas quedaba aún el siervo en el feudo, sin más propiedad que la

pedra del hogar, pues que el cultivo lo hacía para su señor; pero un día extendió éste la vista desde las almenas del castillo, y vió por todos lados llanuras inmensas, en su mayor parte improductivas, y las dió al siervo para que las labrase, exigiéndole á cambio el diezmo de la cosecha; y á su imitación, hizo lo mismo el monge, por lo que tocaba á las cercanías de su convento.

La familia del siervo, en el libre trabajo de éste, encontró ya el bienestar, y el padre de aquella familia enriqueció los campos con el sudor bendito de su frente, y brotaron en ellos más y más multiplicadas las riquezas, que corría, bendía, cambiaba de provincia en provincia. Nueva vida brotó de tal trabajo y la industria y el arte y el comercio por los mares, resucitaban más prepujantes que nunca.

Aquella edad, llamada la edad media, aquel tiempo de lucha y confusión en que sólo la cruz del cristianismo, como estandarte victorioso se levantaba sin caer, así iba pasando y preparaba la época del renacimiento.

Aquellos siervos fuertes por el ejercicio del trabajo libre, establecen como centro de unión política el municipio, que receloso mira el altivo castellano guarecido en su fuerte para bajar de vez en cuando con sus hombres de armas á hacer sentir el golpe de su brazo,

de hierro, sobre los siervos que vé se le emancipan.

Pónense esas dos clases frente á frente: una trabajadora, activa y sóbria; otra altanera, ociosa, rapáz, amante de la aventura; la una habitaba los caseríos, la otra el castillo amurallado en lo alto de la colina dominadora de la aldea. Esta representaba al antiguo conquistador, aquella era la plebe libre por el trabajo y por él glorificada. Las dos clases tenían que ser enemigas: los progresos de una y sus libertades, eran el amenguamiento de la autoridad y las riquezas de la otra; pero la libertad tenía que triunfar de la tiranía, aunque una guerra universal se extendiera como se extendió, por la ancha faz de la Europa.

La comunidad, al toque de arrebato se disponía á cada instante á la defensa, cuando el puente levadizo del feudal castillo caía, y un torrente de guerreros de penachos ondeantes y brilladoras armaduras, se vaciaba por él hácia el valle al son de la sonora trompa, envuelto en el polvo que levantaban las cabalgaduras.

Tuvo un paréntesis esta lucha, cuando Carlo Magno estableció un Imperio que fué tan breve casi, como la vida de aquel hombre.

Los árabes, en tanto invadían gran parte

de la España; los orientales habían caído en una especie de letargo, de que solían ser despertados por el alfange de aquellos guerreros, que sin embargo de sus azarosas extensas campañas, procuraban asimilarse las civilizaciones que á su paso encontraban.

Pero volvamos á la conmovida Europa, donde desconocida si no perdida toda autoridad antigua, se robustecía la autoridad de la Iglesia, por medio de la propaganda del cristianismo; teniendo así origen el Papado, que lentamente, de lo espiritual extendió en circunstancias tan propicias su poder á las cosas terrenales, ciñéndolas para mantenerlas dentro de su severa disciplina. Sin embargo, el ascetismo de los primitivos cristianos, perdía á la hora del renacimiento de las artes y de las industrias, y todos los bienes y comodidades que ellas proporcionaban, fueron de nuevo aceptándose en la vida, para hacerla más vigorosa y rica de elementos; para darle más esplendor y belleza.

Pero no nos adelantemos á la época. Las tremendas cruzadas se efectúan en ella. Al grito de la Iglesia, los guerreros europeos se lanzan hácia Jerusalem á arrebatar á los musulmanes esa tierra, donde reposan las cenizas del Crucificado, y torrentes de sangre se derraman sin conseguirse el piadoso objeto;

mas de modo indirecto, aquellas guerras funestas, habían de servir para debilitar á los Señores feudales, que principalmente las sostenían, dejándolos con pocas fuerzas ante los siervos, que como hemos dicho, batallaban por emanciparse. Y habían tales guerras de servir tambien al fin, para detener el avance de los árabes sobre Europa.

En el oleaje de los tiempos parece que la humanidad retrocede en la edad media; pero nó, sólo fueron un embate que la sacudiera, la lucha y la confusión, habidas. En medio de semejante desconcierto, entreve el espíritu humano en el Municipio la democracia, y aisladamente se preparan otros grandes elementos para una civilización potente.

La tierra temblando, al ir concluyendo la lucha, se agranda inmensamente por toda la redondez del globo, al profético grito de Colón, que de España partiendo al Occidente en una carabela, guiada por la brújula, que un sábio incógnito enviara del seno de la Arabia, saluda anhelante la playa de oro del hermoso continente americano.

La España con su riqueza había tentado á los fenicios, y tocaba á su vez á los españoles, ser arrebatados á regiones lejanas por el oro de México. Se necesita de seducción semejante, para que la civilización fuese atraída,

recorriendo así desde el remoto Oriente, donde la aurora besa la frente del naciente sol, hasta las últimas tierras occidentales, que ilumina al descender. Y no solo fué esa riqueza la que brindara el nuevo mundo, si no que se recogieron de él nuevos perfumes y alimentos nuevos; fibras, perlas, brillantes; extraña y fecunda flora y una desconocida fauna. Elementos que al unirse á los conocidos, multiplicaban la escala de las sensaciones de la vida, con nuevas vibraciones simpáticas, que radiando en el individuo, acrecentaron el espíritu y alentaron al genio.

Y si el mundo crecía de tal modo al acento mágico de Colón, el cielo tambien á poco se agigantaba y se poblaba de nuevos numerosos astros. El arcangel de espada de fuego que guardara la puerta del Empíreo, la abandona y huye á ocultarse á nuevas inmensidades, al verse sorprendido por la mirada atrevida del hombre, que al través del telescopio de Galileo, llega á las alturas incommensurables, donde después se habían de medir con el compáz, la ruta y los movimientos de otros mundos.

¡Qué gran panorama se presentó en los cielos y en la tierra á los ojos de la humanidad, al ir terminando la época difícil de la edad media! Parece que Dios por vía de

compensación, á cambio de tanta pena y de merecimiento tanto, enriquecía extendiendo la mansión humana, que nuevos astros venían á iluminar y más anchos cortinajes del firmamento á envolver!

La ciencia que parece iba á espirar para legar sus restos á la Iglesia, que recogía en la confesión la voluntad postrera del moribundo, se desarrolla en nueva vida, multiplica sus pensamientos al golpe de la máquina de Guttenberg, y esa máquina, la imprenta, baña con ella todos los espíritus, todas las inteligencias!

La ciencia, cuyas verdades recogían los manuscritos, hechos á costo de oro, no podía ser el pan de todos, mientras la imprenta no la popularizó; y despreciada por los dominadores bárbaros, mal trecha en el Oriente por la guerra de los árabes ó por el abandono á que por indolencia fuese relegada por aquellas razas ya cansadas, se refugia y fué represada en las ricas corporaciones eclesiásticas, únicas que podían costear los trabajos manuales, que demandaba la copia de cada fórmula y de cada verdad.

Una biblioteca de manuscritos, que pusiera en contacto al hombre con la historia y los conocimientos de sus antepasados, no era dado tenerla sino á los poderosos; pero la im-

prenta formó la democracia científica, acabó con las desigualdades, y ya no sólo los sacerdotes ó los grandes fueron los que conocieron el pasado, para poder extender, á causa de antecedentes dados, su mirada previsora en el porvenir. La ciencia fué la divina comunión de todas las almas; y la voz de los sabios fué recogida en sus caracteres indelebles, para correr en ligeras hojas por todo el mundo, ilustrando los espíritus de la multitud. Las palabras así guardadas al través de los tiempos vendrían á hablarnos á los hombres de hoy, como pondrán en contacto nuestros espíritus con los de los que nos sucedan en los siglos futuros.

Y todo iba conspirando á la nivelación y á la grandeza. Un monge oscuro confecciona la pólvora, y este rayo puesto en la mano del hombre, derrumba, barre las fortalezas del feudalismo, atacado por la plebe y los monarcas, que forman un pacto, en que le son reconocidos á aquella, derechos que antes no había podido conquistar.

La mujer en época semejante había elevádose, dignificándose: redimida por el cristianismo y por él santificada, ya no fué por sólo el capricho del esposo repudiada brutalmente, y tranquila y agradecida en su nueva posición hizo derramar de su espíritu los tesoros de

ternura que abrigaba, y el hombre vió al fin en ella al ángel del hogar. Su nueva gracia espiritual, hizo más interesante su hermosura, que despertó el lirismo en el corazón humano.

Reasumiendo: el cristianismo, en la edad del mundo de que hablamos, había abierto la eternidad á todas las almas y ya no sólo los grandes serían divinizados para subir al olimpo; la imprenta iluminó igualmente á todos los hombres, fijando resplandores inmortales en los futuros tiempos, y la pólvora destruyendo los feudales castillos, nivelaba á los caballeros con la plebe, preparando la fraternidad entre los hombres. La humauidad de tal modo se hacía más homogénea y se elevaba; y Colón extendía á sus piés, inmensas regiones para que se desarrollase, en tanto que Galileo ensanchaba la brillante bóveda de los cielos.

Así iba terminando la edad media. ¡Ah toda lucha ha significado una conquista; todo trabajo un progreso!

## VII.

En nuestra reseña, aún tenemos que detenernos en la edad media, para decir cuán grande contingente ofreció á la nueva época del renacimiento, alborada de los tiempos modernos, ya que digimos cual fué la triste confusión primitiva de aquella trabajosa edad.

Hablemos, pues, de ella un instante más: el cristianismo que significara la más bella evolución del espíritu, oscurecido por el Papado en los últimos siglos de la edad media, dá origen á acerbos discusiones á causa de las exigencias de la Iglesia, como antes diera motivo á las funestas guerras de las Cruzadas, esteriles por lo que se refiere al objeto piadoso. La Iglesia exaspera con su absorción siempre creciente en todas las manifestaciones de la vida humana; explica con comentarios la sencilla doctrina de Jesús, de la que se apodera la imprenta, para colocarla desnuda de vestidura en las manos de todos. Reinando como

*Aquí enseña  
la vejez de li-  
beral.*